424

EL PROSCENIO.

REPERTORIO LÍRICO-DRAMÁTICO.

AMAD AL PRÓJIMO.

PRECEPTO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE FUENTES.

Precio: 4 reales.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
CHAPEL HILL

ADMINISTRACION,
calle de la Paz, núm. 6, librería.

MADRID.

AMAD AL PRÓJIMO.

PRECEPTO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE FUENTES.

Escrito expresamente para el galan jóven D. Juan Reig,
y estrenado la noche de su beneficio
en el teatro de la Alhambra con extraordinario éxito,
á 6 de Mayo de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE ANDRÉS OREJAS.
Travesía de San Mateo, 14.
1871.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/amadalprjimoprec1991fuen

AL EMINENTE POETA

DON ANTONIO HURTADO,

en testimonio de admiracion y cariñoso respeto,

su afectísimo

José de Fuentes.

257277

PERSONAJES.	ACTORES.
ENCARNACION.....	Doña Felipa Diaz.
MATILDE..... ..	Concepcion Alvarez.
ENRIQUE.....	Don Juan Reig.
PEPE.....	José García.

La accion se supone en un *cármen* situado en los alrededores de Granada. Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los representantes y corresponsales del repertorio dramático-lírico *El Proscenio*, de los *Sres. Abienzo y Compañia* son los esclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegantemente amueblado: puerta al foro y laterales. En el primer término de la derecha, ventana con persiana practicable; Dos veladores: uno con objetos de labor, otro con dibujos y periódicos.

ESCENA PRIMERA.

ENCARNACION, leyendo. MATILDE, á su lado haciendo costura.

MATIL. Conque decididamente
dimos el último adios
á la córte?
ENCAR. Sí, Matilde;
viuda ya, creo mejor
pasar la vida en la calma,
de este apartado rincon,
que aumentar mi desventura,
dando fuerza á mi dolor
en el carnaval eterno
del alma y el corazon,
que llaman Madrid.
MATIL. Yo creo
sin embargo, que es peor

la medicina que el mal.
Este silencio es atroz,
este retiro subleva,
y esta calma inspira horror.
Créame usted, si no fuera
por la mucha inclinacion
que la tengo, hace ya dias
que le hubiera dicho adios
á este delicioso Edem,
á donde aún no ha dado flor
ningun Adam de mi gusto.
¡Madrid de mi corazon,
si me pierdo.....

ENCAR. Que te busquen
aquí?

MATIL. ¡No lo quiera Dios!

ENCAR. Cuando el alma no responde
á esa alegría esterior
del mundo que echas de menos,
no hay tan grata sensacion
como sufrir en silencio
la amargura del dolor.
Perdido el bien que adoraba,
¿qué hacia en la córte yo?
¿Resistir impertinencias
de algun Tenorio en embrion,
que adulando al muerto, hiciera
méritos para mi amor
alcanzar, ó verme espuesta
siempre á la crítica atroz
de una sociedad agena
en un todo al corazon?
No, Matilde; sin testigos
se siente mucho mejor;
que hay algo en el sentimiento
parecido á la oracion;
si ha de ser grande, sublime,
exije á más del fervor,

que lo dicte la conciencia
y que lo oiga sólo Dios.

MATIL. Si yo hubiese sido viuda
siquiera una vez ó dos,
pensaria como usted;
pero huir la proporcion
de serlo, y vivir contenta,
se necesita valor,
y no todas.....

ENCAR. ¡Loca!

MATIL. ¿Sí?
pues piensan mil como yo
en este asunto; no tengo
de soltera vocacion.

ENCAR. No está la infelicidad
en no hallar marido, no;
lo está en perderlo.

MATIL. Tal creo;
pero yo juzgo mejor
encontrarlo, aunque despues
cometa la indiscrecion
de morirse.

ENCAR. ¡Bah, no digas
disparates!

MATIL. Lo que es yo....
apenas vislumbre un rayo
de luz, no pierdo ocasion.

ENCAR. ¿Acaso hay moro en campaña?

MATIL. ¿Moro? y áun moros; ¡hay dos!

ENCAR. ¿Y reniegas de tu suerte?

MATIL. Y no me falta razon.
En tanto que usted no acceda
á dispensar el honor
de recibir en su casa,
á ese nuevo Robinson
que vive enfrente, no es fácil,
aunque yo rabie de amor,
que muerda el cebo el criado.

ENCAR. ¡Ah! tú tratas.....
MATIL. ¡Nó, que nó!
El trato engendra cariño.....
ENCAR. ¿Y no has tenido ocasion
hasta ahora....?
MATIL. Que si quieres;
nunca deja á su señor,
y éste no da más paseos,
que del huerto al pabellon.
¡Desde aquel dia fatal
en que con usted cambió
aquellas frases tan duras.....
ENCAR. Sí, ya se. (Con enojo.)
MATIL. ¡Gasta un humor!
Debe ser viudo. (Repentinamente.)
ENCAR. ¡Matilde! (Reprension.)
MATIL. No me cabe duda, no;
viudo de muy pocos meses,
es decir, viudo lloron.
ENCAR. Y tú eres un diablo.
MATIL. Niego,
que aunque á los diablos me doy
algunas veces, mi cara
no ha ofendido nunca á Dios.
ENCAR. ¡Presumida!
MATIL. La verdad
es que me sobra razon
para motejar de inculto
á ese incógnito señor,
cuya rebelde conducta...
ENCAR. Nada te importa.
MATIL. (Levantándose.) ¿A que no
tiene abiertas las ventanas
que dan aquí? Es un huron...
va usted á ver... (Dirigiéndose á la ventana.)
ENCAR. Si no quiero
ver nada.
MATIL. No es lo peor

que usted no quiera, lo grave
es, que el jóven en cuestion
tampoco quiere...

ENCAR. ¿Qué sabes
tú lo que piensa?

MATIL. (Clavó el dardo.)

ENCAR. ¿Y qué me da á mí
de su falta de atencion?

MATIL. Yo no he dicho...

ENCAR. Demasiado.

MATIL. Con no descorrer desde hoy (Con humildad.)
la persiana...

ENCAR. Evitarás
que te de una insolacion
y que yo me enfade.

MATIL. Bien; (Zalamería.)
aquí no hace falta sol
estando usted...

ENCAR. ¡Ya eres buena!

MATIL. Despues de todo, es mejor.
Con la persiana corrida
hay ménos esposicion
de que él la sorprenda un dia
mirando...

ENCAR. ¡Harás el favor
de callar! (Con enojo.)

MATIL. Bien, callaré
si me otorga su perdon
y me deja ver...

ENCAR. No estando
yo aquí... mira.

MATIL. (Con intencion.) ¿Hay ya temor
de ver á ese Jeremías
de levita y pantalon?

ENCAR. Hay que estás muy fastidiosa
y que tengo poco humor
para escuchar tonterías...

MATIL. Gracias por la adulacion.

ENCAR. Y que me voy por no oirte...
MATIL. (Ya me presumia yo...)
ENCAR. Hasta luego. Que no tardes. (Vase foro.)
MATIL. Recojeré la labor
y voy á su lado al punto...
(si está cerrado el balcon.)

ESCENA II.

MATILDE, apenas desaparece Encarnacion, dice la primera quintilla en el foro, y baja luego á la ventana.

Inútil es pretender
el guardar á una mujer
con candados y cerrojos,
pues si los quiere romper
basta el fuego de sus ojos.
Ya estoy sola; la ocasion
que hace, dicen, al ladron;
descorro pues la persiana,
(Hace lo que indica el verso.)
y miro por la ventana
quién hay en el pabellon.
¡El criado! Si pudiera
bajo un pretesto cualquiera
hacerle subir aquí...
¿Mas cómo encuentro manera
que no me rebaje á mí?
¡Ah! ya está; dejo caer
(Coje un periódico del velador.)
este periódico; á ver
si adivina mi deseo,
y en calidad de correo
me lo quiere devolver.
Allá va; (Lo tira.) ¡cayó! ¡ay de mí!
(Gritando.)
me oye... mira... ya lo vió;
se acerca... lo coje... sí...

hace señas... lo entendió...
entra... ya sube... ¡Vencí!
Al amor cerró la puerta
mi señora en su dolor,
mas alas tiene el amor,
halló una ventana abierta
y por ella entró mejor.

ESCENA III.

Matilde al lado de la ventana. Pepe en la puerta; trae un periódico en la mano.

PEPE. ¿Se puede entrar?
MATIL. Adelante.
PEPE. ¿Usted es la señorita?
MATIL. Soy doncella de...
PEPE. ¿Doncella? (Pausa corta.)
pues nadie lo creeria;
dará usté un chasco á cualquiera.
MATIL. Pues me gusta la salida.
PEPE. Querrá usted decir la entrada.
MATIL. Lo mismo da.
PEPE. Algo varía;
y si yo tuviese tiempo
de esplicar...
MATIL. ¿Trae usted prisa?
PEPE. No señora; lo que traigo
es un papel, que usted misma
tiró por esa ventana,
se entiende que... sin malicia,
sólo por tener el gusto
de verme.
MATIL. ¡Qué tonteria!
PEPE. Eso mismo he dicho yo (Malicia.)
al verla á usted tan bonita.
MATIL. ¿De veras?
PEPE. (Gravedad cómica.) Yo siempre digo

la verdad. Soy de Sevilla...

MATIL. Pues entonces...

PEPE. Con que ahí tiene
ese papel y usté diga
en que la puede servir
su novio.

MATIL. ¡Ja! ¡ja! qué risa.
¿Mi novio? acaso pretende...

PEPE. No; la que aquí solicita
es usted.

MATIL. ¿Yo?

PEPE. ¿A qué negarlo
cuando eso salta á la vista?
Se asoma usté á la ventana,
se hace usted la distraida,
larga el papel al desgaire,
que suba á verla me indica,
sale usted hasta la puerta
á recibir mi visita,
y quiere luego probarme
que yo la pretendo; ¡niña!
no haga usted que me sonroje
de ganarla en la partida,
y pida por esa boca,
que al mismo coral da envidia,
lo que quiera, y no me mire
con esa mirada fija
si no ha de hacerme pupilo
de esas dos negras pupilas,
y diga usted que me quiere
como se quiere á las niñas
de los ojos, y nos vamos
al alcalde, nos registra...
hasta cierto punto, y luego
yo soy tuyo y tú eres mia.
(Ahora me da un sí redondo.)

MATIL. Nó va usted poco deprisa. (Sorna.)

PEPE. Es que urje el tiempo: si mi amo

sospecha de esta entrevista,
me temo...

MATIL. ¿Qué?

PEPE. Casi nada;
que al momento me despida.
Tiene horror á las mujeres,
por yo no sé qué partidas
que le han jugado... y no quiere
ni áun mentarlas; todo el dia
se pasa leyendo un libro
que dice más picardias
de todas...

MATIL. ¿Cómo se llama?

PEPE. Se llama Fisiología
del matrimonio Balzak.

MATIL. ¿Tu amo?

PEPE. ¡El libro! ¿qué, creias?

MATIL. Pues es claro.

PEPE. No te puedo
decir su nombre, es manía
la suya por ocultarlo.

MATIL. ¿Aun siendo yo quien lo exija?

PEPE. Pídeme cuanto te ocurra,
pero exijir que te diga
el nombre de don Enrique,
es faltar á mi consigna.

MATIL. Entonces cedo.

ENR. (Dentro.) ¡José!

PEPE. ¡Esa voz!.. ¡saltó la mina! (Sobresaltado.)

MATIL. ¿Don Enrique?

PEPE. ¡El mismo!

ENR. (Más cerca.) ¡Pepe!

PEPE. ¿Por dónde encontrar salida?

MATIL. Venga usted. (Al ir á salir entra Enrique.)

ENR. Gracias á Dios
que te hallo.

PEPE. (Santiguándose.) ¡Santa María!

ESCENA IV.

DICHOS y ENRIQUE.

Este se coloca en el centro de la escena, Pepe y Matilde juntos á la izquierda del espectador.

ENR. ¿Tú aquí?
PEPE. Yo, señor. .
ENR. No estraño
tu flaca debilidad;
que es mal de la humanidad
labrarse su propio daño.
Ni hay nada porque me asombre,
pues que debí preveer
buscaría la mujer
el que no supo ser hombre.
MATIL. (¡Vaya un modo de empezar!) (A Pepe.)
PEPE. (Esto no es nada; despues
verás.)

Enrique deja el libro, que traia en la mano, sobre el velador de Encarnacion.

ENR. ¿Por ventura, esto es
lo que debia esperar
de tí?
PEPE. Oiga mi disculpa.
ENR. ¡Para qué la necesito!
la confesion del delito
no disminuye la culpa;
sal, pues, de aquí sin tardar.
MATIL. Antes...
PEPE. (Calla.) (A Matilde.)
MATIL. Dirá usted,
si es que me hace la merced,
su nombre, para anunciar
á la señora...
ENR. ¿Qué he oido? (Sorprendido.)
PEPE. (Le partió por la mitad.)

ENR. Media entre ella y yo amistad
que requiera tal cumplido?
O ha llegado usté á creer
que vengo con intencion
de hacer mi presentacion...

MATIL. No tal, pero es mi deber...
Como ignoro...

ENR. Basta ya.
Salid, que estoy impaciente.

PEPE. (Obedece.) (A Matilde.)

MATIL. No. (A Pepe.)

PEPE. (¡Imprudente!)

ENR. ¿Lo ves? no renegará (A Pepe.)
de su sexo.

PEPE. Claro.

MATIL. (Con intencion.) ¡Puede!

ENR. ¿Chanzas á mí? pues saldrás.

MATIL. Y usted quién es. (Con fuerza.)

ENR. ¡Esto mas!
¡Fuera de aquí. (Con ira.)

ENCAR. (Foro.) ¿Qué sucede?

ESCENA V.

DICHOS y ENCARNACION.

Matilde pasa á colocarse al lado de Encarnacion. Pepe cerca de Enrique.

MATIL. ¡El ama!

PEPE. ¡*Tableau*! (1)

ENCAR. ¿Qué pasa?

ENR. Señora....

MATIL. ¡Pues!... que el señor...

ENCAR. (A Matilde.) ¡Calla!
(A Enrique.) ¿A qué debo el honor
de ver á usted en mi casa?

---

(1) Pronúnciese tal como está escrito.

¿Qué busca? (Sorna.)

ENR. A quien ha olvidado
lo que se debe á mi nombre,
señora, y como ese hombre, (Por Pepe.)
por fortuna es mi criado
y le pago, y no ha cumplido
mis órdenes terminantes,
vengo á decirle cuanto antes
que me sobra y le despido.

PEPE. (Qué gracioso.)

ENCAR. ¿Y qué razon?...

ENR. A usted qué le importa.

ENCAR. ¡Brava (Ironía.)
respuesta!

MATIL. Como ha poco estaba
conmigo en conversacion.

ENR. No; es que me encocora ver
que de ese modo se engria,
porque yo, señora mia,
aborrezco á la mujer.
Y tengo mucha razon
para odiarla.

ENCAR. No lo dudo,
pero á mí qué...

ENR. Y siempre eludo
entrar en conversacion
con alguna, al recordar
que, gracias á la mujer,
si quiere el hombre comer
necesita antes sudar.

ENCAR. ¡Mil gracias! Y el lance ha sido...

MATIL. Porque olvidé su mandato, (A Encarnacion.)
miré...

ENR. ¡Y nos ha dado el rato!

ENCAR. Si yo lo hubiera sabido. (Con ironía.)
Faltar así á un caballero (A Matilde.)
cuya atencion para mí
hace que le estime aquí

por único compañero.
Que lleva su abnegacion...

ENR. (¡Malo!)

ENCAR. Casi á la virtud,
y que es en solicitud
un modelo de atencion!

PEPE. (¡Chúpate esa!)

ENR. (Me ha pegado.)

ENCAR. ¿Y aún estás en mi presencia?

MATIL. ¿Yo?...

ENCAR. No esperes indulgencia.

ENR. (De oirla estoy admirado.)

MATIL. Tratarme con tal rigor...

PEPE. (¡No hay en la tierra justicia!)

ENCAR. Procediste con malicia,
no esperes de mí favor.

MATIL. ¿Cómo?

ENCAR. (Yo descubriré.)

ENR. Pero esa accion tan violenta...
(A Encarnacion.)

ENCAR. No tengo que darle cuenta. (Duramente.)

ENR. Muchas gracias.

ENCAR. No há de qué.
Vamos. (Indicando la salida á Matilde.)

MATIL. Voy.

ENR. Sin dilacion. (A Pepe.)

ENCAR. (No temas.) (A Matilde.)

MATIL. ¿Qué?

ENR. (A Pepe.) (No hay cuidado.)

PEPE. ¿Qué ha dicho? (Quedo enterado.)
(Encarnacion al oir el *¿Qué?* de Matilde vuelve á indicarle la salida. Enrique hace lo mismo con Pepe, y se van. Pausa corta.)

ESCENA VI.

ENCARNACION y ENRIQUE.

ENCAR. (Se queda.)

ENR. (Esta es la ocasion.)

ENCAR. ¿Y usted permanece aquí?
ENR. Aunque mucho me violento,
ya que entré...
ENCAR. Tome usté asiento.
ENR. No se moleste por mí; (Sentándose.)
estoy bien.
ENCAR. Bien... á mi lado?
ENR. Dudarlo me ofenderia. (Aproximándose.)
ENCAR. O es una galanteria (Retirándose.)
ó usted... (Dudando.)
ENR. Yo, ¿qué?
ENCAR. No ha juzgado
prudente hablarme sincero.
ENR. Siempre lo fuí.
ENCAR. Lo habrá sido;
pero por lo que he sabido
de su carácter, infiero
que no dijo hace un instante
la verdad.
ENR. Yo?... sí señora.
ENCAR. O que ha decidido ahora
mentir para ser galante.
ENR. Acaso usted se figura
que la aficion es amor?
No es preciso ser pintor
para admirar la pintura.
Huyo el peligro, es verdad.
por no abrasarme en el fuego,
pero como no soy ciego
admiro tanta beldad.
ENCAR. El argumento no ofrece
gran seguridad.
ENR. (Se escama.)
ENCAR. Ya sabe usted que quien ama
el peligro, en él perece.
ENR. El caso es, señora mia,
que no peligro á su lado. (Aproximándose.)
ENCAR. Pues? (Retirándose.)

ENR. Porque el gato escaldado
huye hasta del agua fria.
ENCAR. Gracias. (Con enojo.)
ENR. Refran por refran;
y en lo dicho no haya ofensa.
ENCAR. Quiere decir que usted piensa...
jugar con fuego?
ENR. Es mi plan
de vida, y siempre lo fué.
ENCAR. Arduo y difícil capricho!
ENR. Yo soy el hombre que ha dicho:
«De esta agua no beberé,»
y no bebe. (Con firmeza.)
ENCAR. Es presuncion?
ENR. Si usted por ser tan hermosa
juzga como fácil cosa
conquistar mi corazon,
la presuncion decantada
será de usted y no mia.
ENCAR. No señor, yo no decia... (Confusa.)
ENR. Ya queda usted contestada.
(Vuelve por otra.)
ENCAR. (Habrá pillo.)
ENR. Aún no se convence?
ENCAR. Cuando
le digo... (Me está tratando
como se trata á un chiquillo.)
No señor; ese argumento
es falso y débil.
ENR. Por qué?
ENCAR. De esta agua no beberé!
oiga un rato. (Levantándose.)
ENR. Va de cuento? (Lo mismo.)
ENCAR. Y moral.
ENR. Mucho me place.
ENCAR. Gracias.
ENR. Con tan seductora
cronista...

ENCAR. Burlarse ahora
no es noble. (Coqueteria.)
ENR. (Mirándola.) (¡Qué calor hace!)
Oigo.
ENCAR. Un dia de verano,
dos mozos en un lugar
fueron juntos á cazar
por un monte comarcano.
El sol derramaba lumbre
bajo su dosel de plata,
los mozos de mata en mata
treparon hasta la cumbre.
La fatiga y el calor,
que el uno de ellos deplora,
y una sed abrasadora
da en tierra con su vigor.
El compañero, que siente
la misma sed, determina
descender de la colina
para buscar una fuente.
Dicho y hecho, en dos zancadas
bajaronhasta el pinar,
comenzando á registrar
bancos, surcos y cañadas.
—Por aquí! grita gozoso
uno y á beber se apresta.
—Dónde? el otro le contesta
acudiendo presuroso.
—Bebe,—le dice el primero,
de este rico manantial.
—Tan turbío?—Bebe.—No tal.
—Pruébalo.—En balde; no quiero.
—Medita que puede ser
que recorras la comarca
y no encuentres otra charca (Intencion.)
que te convide á beber.
—Lo veremos;—y partió
por la cañada adelante;

buscó en vano jadeante
otro raudal, no lo halló
Trepó á una cresta bravía,
pasó un monte, bajó un llano,
nada, nada, todo en vano,
el raudal no parecia.
Sofocado de calor,
triste, ronco, vacilante,
más mústio, más jadeante,
con más sed y más calor,
tuerce la insegura huella,
deshace el largo camino,
entrevé el raudal divino,
vislumbra la charca bella,
y con los labios ardientes
y con la lengua inflamada
sorbió la linfa callada
de aquellas turbias corrientes. (Pausa breve.)
Despues, por sana doctrina,
halló escrito este letrero
que puso su compañero
en el tronco de una encina:
«La soberbia aquí se vé
bajo la humildad gemir,
pues nadie puede decir,
de esta agua no beberé.»

ENR. Muy bonito.

ENCAR. (Harto me cuesta,
pero se rinde.)

ENR. Soberbio

ENCAR. Es lástima que el proverbio
le deje á usted sin respuesta.

ENR. Confieso que la leccion
enseña y es provechosa,
mas no convence gran cosa;
soy en esto una excepcion.
Si débil la raza humana,
lucha sin fuerzas y cede,

quiere decirme, ¿quién puede
predecirnos el mañana?

ENCAR. Ah, vamos!

ENR. Pero es dudoso,
y no está demás que aguarde.
«Nunca para el bien fué tarde.»

ENCAR. Tampoco es muy provechoso
el axioma.

ENR. Yo sabré
demostrárselo.

ENCAR. Quizás.
Sin embargo, vale más
llegar á tiempo.

ENR. Lo sé.
Pero por ningun concepto
cedo al refran ni lo acato.

ENCAR. Hola!

ENR. Escuche usted un rato:
precepto contra precepto.
Comenzaban á rayar
del alba los resplandores,
bajaban dos pescadores
á las orillas del mar.
—Alto;—dijo el más anciano,
¿Es este el sitio?—Este es.
—Mejor, prepárate pues,
y Dios nos ayude, hermano.
Dejaron su burdo traje
sobre las peñas; corrieron
á la orilla, y se escondieron
á través del oleaje.
Salvando la quebradura
de aquellas rocas enhiestas,
cruzando picos y cuestas
y registrando la hondura,
vieron el sol traspasar
el cenit hácia Occidente,
y descender lentamente

á sepultarse en el mar.
—Padre: se concluye el dia;
qué hacemos?—Mover la arena
y continuar la faena:
no desmayes todavía!—
Siguieron. El sol hundió
su ya pálido reflejo:
—Hay algo?—pregunta el viejo:
y el mozo responde:—No!
—Malhaya nuestra fortuna.
—Me canso.—Pronto desmayas.—
Siguieron. Bañó las playas
el resplandor de la luna.
—Ya es tarde;—gritó al anciano
el pobre mozo rendido.
—Padre, trabajo perdido;
un dia más todo en vano.
—No,—dijo con alegría
el viejo;—cierra esa boca,
y mira. Qué hay en la roca?
—Una concha!—Sí?—Vacía.—
—Voto vá! Sigue.—Y despues
de muchas horas mortales,
pisando aquellos breñales
que desgarraban sus piés;
cuando ya la oscuridad
lóbrega se aproximaba
y á lo lejos amagaba
rugiendo la tempestad,
al moribundo reflejo
de la luna trasparente
sobre una peña saliente
dobló la rodilla el viejo.
—Hijo, ven!—Hay algo?—Sí.
Tantas conchas, tantas perlas,
que no bastan á cojerlas
mis dos manos; ven aquí.
—Gracias á Dios!—Bien le puedes

bendecir; aquí nos trajo,
y tan ímprobo trabajo
premia con dobles mercedes.
Aprende, y no hagas alarde
de tu estéril impaciencia,
que habiendo una Providencia
nunca para el bien es tarde.

ENCAR. Quiere decir.... (Rápido.)

ENR. Que á mi ver
ningun adversario vence,
porque ni usted se convence
ni doy mi brazo á torcer.
Y pues tan difícil es,
quede la cuestion así.
(Si sigo más tiempo aquí
me rindo.) Estoy á sus piés.

ENCAR. Pero....

ENR. Todo será en vano.

ENCAR. Si usted me escucha...

ENR. No ahora.

ENCAR. Uf!

ENR. Conque....

ENCAR. (Fátuo!)

ENR. Señora...

Deteniéndose dudoso y como esperando. Pausa corta. De pronto se decide y prorrumpe, calándose el sombrero.

¡Abur! (Váse precipitadamente.)

ENCAR. Beso á usted la mano. (Con ira.)

ESCENA VII.

ENCARNACION, sola.

¡Es cosa particular!
Siento en mí al verle marchar
una tan rara emocion...
caprichos del corazon.
¡Quién los pudiera esplicar!

Su terquedad, su franqueza
que á veces raya en dureza,
tiene á mi ver cierto encanto...
pero abusa tanto y tanto
que ya ofende su llaneza.
¿Volverá? ¡Qué tontería!
¿Daré en la fatal manía
de pensar en ese necio
que me habló con tal desprecio?
¡no me lo perdonaria!
Ni he de torcer su opinion
ni él la mia ha de adoptar
en esta grave cuestion:
por lo tanto, no hay razon
para que yo dé en pensar.
Dejémosle. No es prudencia
reincidir en la batalla.
Todo lo cura la ausencia
y él... ya se fué. (Con pesar.)
(Reparando en el libro.) ¡Pero, calla!
¡Qué singular coincidencia!
Este libro... Si será
por cálculo... ó por descuido?
¡Todo es fácil! ¿Volverá?
Mucho me estraña el olvido.
¡Pero, qué miro! Aquí está. (Oculta el libro.)

ESCENA VIII.

ENCARNACION y ENRIQUE.

ENR. ¿Señora?
ENCAR. ¿Usted otra vez?
(Ya verás.)
ENR. Dejé olvidado
un libro.
ENCAR. ¡Ya!
ENR. La maldita

conversacion...

ENCAR. (¿Empezamos
de nuevo?)

ENR. Aquí debe estar.

ENCAR. No sé... (Con indiferencia.)

ENR. Lo traje... en la mano.

ENCAR. Es natural. (Ironía.)

ENR. Y despues,
cuando salí de este cuarto,
no lo llevaba.

ENCAR. En la mesa
tal vez.

ENR. No me he separado
de aquí.

ENCAR. Pues entonces...

ENR. Tiene
gracia el olvido.

ENCAR. Entendámonos.
¿Lo perdió como asegura,
ó es que viene usted buscando
un pretesto para hablarme?

ENR. ¿Yo, señora? ¿Y á qué santo?

ENCAR. Muy sencillo. Como no
quedó por ninguno el campo,
y parece usted tan terco...

ENR. Gracias.

ENCAR. No señor. Le hago
justicia.

ENR. ¿Aun cuando quisiese
derrotar á mi adversario
por completo...?

ENCAR. (Con coqueteria.) Es muy difícil.

ENR. No me juzgue tan incauto,
creyendo que iba á enredarme
de motu propio en un lazo
como el que usted me ha tendido

ENCAR. ¿Yo?

ENR. Sí, señora.

ENCAR. No caigo...
ENR. Con discreteo y argucias
me ha retenido á su lado
un cuarto de hora mortal;
rompo el compromiso, salgo,
y al salir echo de menos
una prenda; busco... y hallo
por junto, que usted con otra
salida de pié... forzado,
supone al verme de nuevo
que he venido deseando
conversacion; me interroga,
me obliga...
ENCAR. ¿Qué dice?
ENR. Es claro
Prueba patente que usted
me busca.
ENCAR. (¡Esto es demasiado!)
Para probarle que en todo
se equivoca usted...
ENR. Veamos.
ENCAR. Quiero ayudarle á buscar
ese libro. A ver si al cabo
se convence.
ENR. Muchas gracias.
ENCAR. (Es de hierro.)
ENR. (No adelanto
nada.)
ENCAR. Ese libro...
ENR. Es un tomo
en francés.
ENCAR. Tomo á mi cargo
devolvérselo.
ENR. Bonito
calambourg, mas no del caso.
Busque usted si quiere.
ENCAR. (Habrá
tonto.) (Sorprendida.)

ENR. Porque yo me marcho.
ENCAR. Es prisa ó temor?
ENR. (Explosion.) Señora...
es que aquí me pongo malo.
ENCAR. Qué lástima! Una salud
tan importante.
ENR. Canastos!
Ya lo creo.
ENCAR. (Sorna.) Y me parece
que está usted un poco pálido.
ENR. De indignacion.
ENCAR. Vaya en gracia.
ENR. Si yo hubiera sospechado...
ENCAR. Qué?
ENR. Nada. Maldito libro!
ENCAR. Es quizás algun regalo
de familia?
ENR. No, señora:
es un consejero sabio
del corazon, que me alienta
en los trances más amargos.
ENCAR. De veras?
ENR. Un lenitivo.
para el que sufriendo tanto
como yo, por una ingrata,
se encuentra desesperado.
ENCAR. Y eso?
ENR. Ame usted con locura
á una señora de mármol
que le mira indiferente,
que desdeña sus halagos.
Sígala Vd. como un perro
á este carmen solitario
de Granada: compre usted
una posesion, pagando
cinco veces su valor,
para tener el encanto
de ver que no quiere nunca

asomarse á los terrados;
que no hay ocasion de hablarla,
que se encierra y huye el trato
de las gentes: y por último,
no mueva usted un escándalo,
porque ese amor maldecido
pone en su boca un candado,
y rabie usted en silencio,
y dese á todos los diablos!
Cuando digo que hay motivo
para deshacerse el cráneo.

ENCAR. Luego usted...

ENR. (Dudando.) Se me escapó?...
¡Pues qué remedio! soy franco,
y yo no retiro nunca
palabras que suelta el labio.
Pensé que el retraimiento
con que su conducta plagio,
era la mejor salida
para allanar los obstáculos:
la encuentro á usted insensible,
paciencia; me equivocado.
Y como no estoy conforme
con el suplicio de Tántalo,
á los piés de usted, señora.
(Vá á irse. Ella saca el libro y le detiene.)

ENCAR. (Que rabie.) Beso su mano.
¿Se marcha usted sin el libro?

ENR. Es verdad.

ENCAR. ¡Qué descuidado!
Aquí está.

ENR. Venga.

ENCAR. Por cierto,
que el título es muy simpático
AMAD AL PRÓJIMO.

ENR. Dios
impuso el precepto santo
que usted no acata, señora.

ENCAR. ¿Quién dice que no lo acato?
ENR. ¿Ama usted?
ENCAR. Sí tal.
ENR. ¡Oh, infierno!
¿A quién? ¡su nombre! ya rabio
de furor por conocer
al rival afortunado
que me roba mi ventura.
ENCAR. ¡Bah!
ENR. Si le encuentro le mato.
¡Debe ser un animal!
ENCAR. ¡Sí señor! (Mirandole.)
ENR. ¡Un nécio, un bárbaro!
ENCAR. ¡Ay! ¡Sí, señor! Por desgracia.
ENR. Su nombre.
ENCAR. No es necesario.
En la portada del libro
lo escribió con propia mano.
ENR. ¡Qué escucho!
ENCAR. El nos lo dirá:
mire usted bien esos rasgos
de tinta. ¿Qué dice ahí?
ENR. «Enrique.» Yo estoy soñando.
Luego...
ENCAR. Y el título: AMAD
AL PRÓJIMO.
ENR. ¿Y qué?
ENCAR. ¡Te amo!
ENR. Ay, prójima de mi vida.
Soy feliz. (Tirando el libro y besando su mano.)
ENCAR. Basta. (Queriendo soltarse.)

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

PEPE. (Asomándose.) ¡Canario!
(Cierra la puerta y da golpes dentro.)

ENR. ¿Quién es?
PEPE. ¿Se puede?
(Sacando la cabeza por entre las hojas de la puerta.)
ENCAR. Adelante.
PEPE. (Saliendo.) El onceno no estorbar,
y yo no quiero faltar
al mandamiento.
ENR. ¡Tunante!
MATIL. Señora; un tanto afligida,
aunque á medias consolada...
PEPE. Por mí. (A Enrique.)
MATIL. Viene su criada
á darle la despedida.
ENCAR. Te vas?
MATIL. Usted lo ordenó;
falló mi causa y no apelo...
PEPE. Porque ha encontrado un consuelo,
y ese consuelo soy yo.
Y usted? (A Enrique.)
ENR. Tengo su palabra.
MATIL. Y qué se hizo aquel dolor? (A Encarnacion.)
ENR. Todo lo puede el amor...
PEPE. Justo; ó la pata de cabra.
ENR. Penitente contrito (Al público.)
yo me confieso,
dándome por mi culpa
golpes de pecho.
No más errores
y hagan lo mismo todos
los pecadores.

—

Cumpliendo la doctrina
que así lo ordena,
busco en el matrimonio
la penitencia.
Viejos y pollos,
solteros y solteras
AMAD AL PRÓJIMO.

OBRAS DEL AUTOR.

—

(1) **POR TENER EL MISMO NOMBRE**, disparate cómico en un acto.

UNA LECCION AL MAESTRO, comedia en un acto.

(1) **LOS MANDAMIENTOS DEL TIO**, comedia en un acto.

FAVOR POR FAVOR. juguete cómico en un acto.

(1) **UN MANOJO DE ESPÁRRAGOS**, juguete cómico en un acto.

AMAD AL PRÓJIMO, precepto en un acto.

---

(1) En colaboracion con D. Aurelio Alcon.